

Vigésimo Tercer Domingo del TO A2023

Quiero empezar esta homilía con una anécdota. Hace un par de años leí la historia de una mujer judía que fue separada de sus hijos y su familia por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Después de la guerra, se enteró de que toda su familia, incluidos sus hijos, fue exterminada en las cámaras de gas de Auschwitz.

Seguramente, como puede suceder en tales circunstancias, estaba muy triste y enojada. Muchos de los judíos que se encontraban en la misma situación, dedicaron gran parte de su tiempo a cazar a los perpetradores del Holocausto para castigarlos, básicamente buscando venganza o, como aprendieron de sus Escrituras hebreas, aplicar el principio de “ojo por ojo”. , “diente por diente”.

Curiosamente esa señora no se unió al grupo de los que buscaban venganza. En cambio, dedicó su vida a la tarea de la reconciliación y el perdón. Con su violín viajó por ciudades europeas, desde Alemania hasta Irlanda, dando conciertos y difundiendo el mensaje del perdón. A menudo decía: “Si una madre judía puede perdonar lo que pasó, ¿por qué ustedes no pueden perdonar sus diferencias y reconciliarse unos con otros?”

Aunque era judía, esta mujer tenía el espíritu de nuestro Señor cuando él predica el perdón y la reconciliación en el Evangelio. Cuando los discípulos de nuestro Señor se dieron cuenta de que él subía solo al monte a orar, le pidieron que les enseñara a orar. Les dijo que cuando oren digan: “Padre, perdónanos nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. Nuestro Señor mismo nos dio un ejemplo cuando estaba en la cruz: “Padre, perdónalos, no saben lo que hacen”.

Esa dama judía no pidió venganza contra los nazis. Nuestro Señor Jesús no pidió venganza contra sus enemigos. Al decir esto, recuerdo la terrible experiencia que pasó Immaculée durante el genocidio en Ruanda. Ella también escuchó a Jesús y es este mensaje de perdón, reconciliación y paz que hoy comparte con nosotros.

Nosotros, que escuchamos tal mensaje, ¿qué haremos en situaciones similares? Por encima de todo, tenemos que orar. Oramos para que Dios tal vez haga un milagro y traiga la paz que para nosotros parece imposible. Oramos para que antes que nada haya paz en nuestros propios corazones y que, con la ayuda de Dios, hagamos lo que podamos para difundir esta paz y reconciliación a nuestro alrededor. San Pablo nos dice: “No tengan con nadie otra deuda que la del amor mutuo”. Por más difícil que parezca esta tarea, es este amor el que lo hace todo posible porque es el mismo amor de Dios que existe dentro de cada uno de nosotros y que se nos dice que compartamos con todos.

En un par de minutos nos diremos unos a otros: “La paz de Cristo sea con usted”. Hablan con seriedad y sinceridad, no sólo para la persona que está a su alrededor, sino para toda la gente. Hagamos lo que podamos para lograr la paz y la reconciliación. “Que haya paz en la tierra y que comience conmigo”.

En la lectura de hoy, especialmente en el profeta Ezequiel y en el Evangelio, la reconciliación se expresa en términos de corrección fraterna. Si alguien te ha hecho mal, nuestro Señor nos dice, ve y reconcíliate con esta persona, y nuevamente, esto es más fácil decirlo que hacerlo. Permanecer en el espíritu de nuestro Señor requiere de nosotros mucho discernimiento para hacer lo correcto. Si no, tomaremos nuestros sentimientos y emociones por la verdad. A veces pensamos que los demás están equivocados simplemente porque no estamos de acuerdo con ellos. Y, sin embargo, esto no es necesariamente cierto.

Además, la corrección de la que habla nuestro Señor no es sólo activa, sino también pasiva. No sólo existe el deber de corregir sino el de dejarnos corregir. A muchas personas les gusta que se olvide el mal que han cometido, pero nunca ven la necesidad de disculparse o pedir perdón. Y es precisamente aquí donde podemos ver si alguien es lo suficientemente maduro para aceptar la corrección o no. Quien quiera corregir a alguien debe estar dispuesto, a su vez, a ser corregido.

Nuestro Señor sitúa también toda la cuestión de la reconciliación en el contexto de la Iglesia. La unidad y solidaridad que han de caracterizar a los discípulos no pueden existir si hay disensión y división. Y sabemos bien que existen disensiones y divisiones entre nosotros. Todos tenemos la responsabilidad de hacer lo que podamos para reparar esta división y lograr la reconciliación.

La reconciliación y la sanación son las razones principales por las que nuestro Señor vino a nuestro mundo, por las que se convirtió en uno de nosotros. Por tanto, la obra de la salvación está por encima de la de la reconciliación y la curación. Y al hacer lo que podamos para sanar las heridas del pecado y la división, nos unimos a la misión de nuestro Señor mismo, una misión que él transmitió a sus discípulos y a todos nosotros, su Iglesia, miembros de su cuerpo.

Hermanos y hermanas, nos reunimos cada domingo alrededor de la mesa del Señor para ser fortalecidos por la Eucaristía para la tarea de la reconciliación. Vamos desde este lugar a trabajar con el Espíritu para renovar la faz de la tierra. Esto significa confrontar todo lo que nos impide ser una comunidad, ya sea en la Iglesia o en el mundo exterior a nosotros. Donde hay racismo o sexismo debemos enfrentarlos y trabajar para eliminarlos. Donde hay injusticia económica debemos denunciarla y trabajar para eliminarla.

“No tengan con nadie otra deuda que la del amor mutuo”, dice San Pablo. Por difícil que parezca esta tarea, es este amor el que lo hace todo posible, porque es el amor mismo de Dios que existe dentro de cada uno de nosotros. Tenemos que amarnos unos a otros con el mismo amor con el que Dios nos ama, y por eso dice San Pablo: “El que ama al prójimo, ha cumplido ya toda la ley”. La pregunta que enfrentamos todos nosotros es esta: ¿qué hacemos para mostrar nuestro amor, porque así es como nos unimos a la tarea de nuestro Señor de sanar las heridas del pecado y la división?

Una vez más nuestra solidaridad dentro de la iglesia nos da responsabilidades unos hacia otros. Todos somos centinelas de nuestros hermanos y hermanas. No podemos verlos perecer sin hacer nada. Depende de cada uno de nosotros decidir cómo atenderemos a nuestros hermanos y hermanas en problemas. Esto es parte de esta deuda de amor de la que habla San Pablo y que todos nos debemos unos a otros. Esto es parte de la tarea del centinela de la que habla Ezequiel. ¡Levantémonos y hagámoslo por amor a Dios y a nuestros hermanos y hermanas!

(Adaptado de la homilía del P. Leo Murray, S.J., 2014).

Ezequiel 33: 7-9; Romanos 13: 8-10; Mateo 18: 15-20



Fecha de la Homilía: el 10 de Septiembre, 2023

© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230910homilia.pdf